

provechoso hasta que alcanza una edad de cuarenta o cincuenta años, y los españoles viven demasiado al día y demasiado poco hacia el porvenir para emprender una plantación de tan lejano rendimiento: Gobernantes y gobernados quieren cosechas y éxitos inmediatos.

Y pensamos nosotros:

También la conciencia española es inculto erial. Nadie quiere sembrar sino de un día para otro, y donde no es posible la cosecha inmediata, se renuncia a todo esfuerzo; y así el futuro, desdeñado, es, al hacerse presente, cada vez más precario y triste. La revista *España*, en su primera época—1915 1921—quiso ser una excepción: sembró sin esperanza de fruto próximo, por amor al esfuerzo y a la continuidad del idealismo en la Historia, sin ninguna mira egoísta. Su suspensión—en febrero de 1921—fue como un descanso, y, a la vez, como

una pausa expectante, para ver si la semilla germinaba.

De todo el país y de su prolongación histórica, la fértil América, llegan a nosotros signos de aliento, verdes brotes de nuestro pasado afán. Esto nos mueve a proseguir la obra de poblar la conciencia hispánica—aquende y allende el Atlántico—de nuevas simientes ideales, cuyos remotos frutos serán nuestra única recompensa y nuestra única herencia.

Viejo o nuevo lector de *España*: nosotros te ofrecemos nuestro grano y nuestro esfuerzo; en cambio sólo te pedimos un palmo de tierra en tu corazón, para que en él sigan germinando nuestros empeños y se cubra algún día el suelo espiritual de la raza—lengua y cultura comunes—de noble y opulenta fronda.

LA REDACCIÓN DE ESPAÑA,
que nos envía esta original circular.

La crítica y la conciencia colectiva

POR AZORÍN

DISCUSIÓN antigua y prolija mantienen críticos y creadores. Declaran los primeros la eficacia de la función que ejercen; niegan novelistas, poetas y dramaturgos la necesidad y eficiencia de la crítica. Mejor dicho; admiten los creadores la crítica; pero condenan lo que—un poco confusamente—llaman crítica «negativa». Lo que pretende siempre el creador es que su obra personal no sea negada. Cuando es negada, la crítica, naturalmente, es negativa. Y siendo negativa, claro está, la crítica es desdeñable. Pero ¿existe la crítica negativa? ¿Existe la positiva? No hay más que una crítica: examen, observación, asociación, disociación. Y el examen—laudatorio, condenatorio—puede revestir diversas tendencias.

La crítica es una opinión personal. Al hablar de crítica objetiva y crítica subjetiva (o impresionista), los que establecen tal distinción se olvidan de decirnos de qué modo el crítico objetivo podrá prescindir de su personalidad. Ya la adopción misma de la tendencia objetiva es una confesión. Fatalmente, todo juicio emitido por un crítico habrá de ser personal. ¿Qué medio habrá para que el hombre pueda salir de sí mismo y opinar desde fuera? En el idealismo absoluto, la misma realidad cósmica, ¿no es una creación nuestra? Imaginad todas las reglas, cánones y normas estéticas que queráis; hacedlas todo lo inflexibles y rígidas que gustéis... Siempre el crítico que formule su juicio con arreglo a ellas, con arreglo a esa realidad ob-

jetiva, será un crítico subjetivo, impresionista. No tan impresionista como el que mariposee volublemente por encima de los tratados de estética, por encima de la «belleza ideal»; pero al fin, impresionista.

La crítica es un juicio personal. ¿Es eficaz la crítica? ¿Es ineficaz? La desconfianza se apodera del ánimo cuando se estudian casos singularísimos de la historia literaria. Un crítico eficaz será un crítico que pueda crear valores; es decir, que pueda, de un escritor desconocido, hacer un escritor de mérito indiscutible. Taine era una autoridad en crítica. Taine quiso crear un valor entre los escritores vivos, de su tiempo. ¿Lo logró? ¿Qué valor quiso Taine crear? Taine quiso crear a Héctor Malot. Este novelista no pudo llegar desde las últimas filas hasta la primera. La aventura de Taine es conocida en historia literaria. Se le puede perdonar en gracia a su pasión admirativa—un poco excesiva—por Stendhal. El mismo Stendhal, espíritu agudísimo (lo demuestra su apreciación de Moliere), escribe en su libro *Racine y Shakespeare*, parte I, capítulo I, lo siguiente: «¿Quién es el hombre un poco ilustrado que no siente más placer en ver en el Teatro Francés la *María Stuardo*, de Le Brun, que el *Bagaceto*, de Racine?» Stendhal

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscriptor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

no supo gustar la belleza, al menos toda la belleza, del gran poeta delicado, violento y sensual. Entre nosotros, Menéndez Pelayo quiso también crear un valor: Amós Escalante. A Escalante consagró Menéndez Pelayo un largo y entusiasta estudio. Y la tentativa creadora fracasó. Balart quiso crear un poeta—Ricardo Gil—, y este poeta, si flúido, natural y discreto, no llegó a la cumbre de la poesía. A su vez *Clarín* quiso crear a Balart como poeta; dos ditirámicos y prolijos artículos consagró Alas al volumen *Dolores*, de Balart. Y también fracasó el intento. ¿Quién no recuerda, no la dilección, sino la predilección de Goethe por Beránger?

En vista de todos estos ejemplos—y de otros muchos que podríamos aducir—, ¿tendremos que aceptar la tesis de la ineficacia de la crítica? En parte, sí, y en parte no. La crítica ha de ser creadora. Creadora de materia estética. La crítica no puede crear valores nuevos; es decir, nuevas personalidades. Sí puede suscitar nuevos estados de conciencia estética. La crítica debe ser una continuación, una ampliación de la obra que se examine. No se puede hacer—como pretendió Taine—de un novelista mediocre, un gran novelista, pero frente a la obra bella, realmente bella, se le puede decir al lector: «Todo esto que tú no ves, está en esta obra. Examínala conmigo y verás en ella lo que hasta ahora no habías visto. Tú, lector amigo, puedes sentir en esa obra lo que yo siento; y lo que yo siento es como un segundo plano, como una segunda realidad de esa obra. Dame la mano, y cordialmente, henchidos de efusión bondadosa, pasaremos por los dominios espirituales creados por el autor».

Enseñanzas que se deducen de todo lo dicho: que la obra de arte es la creación de la multitud, en el tiempo y en el espacio; y que la crítica es la revelación a la multitud de la obra que ella misma ha creado. Sí; para nosotros, el «genio» es la condensación de la muchedumbre. Cuando literatos y poetas, tocados de un aristocrático cruel y absurdo, reniegan de la masa, nosotros creemos que la masa—venero de abnegación y de poesía—lo es todo. «Yo no creo en el genio—nos decía hace poco Baroja—; el genio no es más que el punto de confluencia, en un cerebro, de las grandes corrientes creadas por las muchedumbres inconscientemente». Y eso es lo exacto. Y la crítica, la verdadera, necesaria, creadora crítica, sanciona lo hecho ya, corrobora lo hecho ya por la conciencia colectiva, pone sobre la obra la estampilla que la hará circular a lo largo de los siglos venideros.

(A. B. C. Madrid).